

## Ayacucho, más allá de la conmemoración

**Manuel Andrés García**

*Universidad de Huelva*

El 9 de diciembre de 1824, en la Pampa de Ayacucho, se produjo la última gran batalla del proceso independentista americano. Un enfrentamiento corto, apenas tres horas, que dio al traste con la hegemonía de la antigua metrópoli, iniciando una nueva era marcada por el republicanismo de los nuevos estados, la degradación de España como actor político en el tablero continental y un cambio de contexto marcado, entre otros factores, por la incertidumbre, la divergencia de intereses y la inestabilidad.

Ayacucho pasó a convertirse en un logro colectivo del relato hispanoamericano. Un hecho que afectaría a todos por igual por su significación en cuanto a la derrota definitiva de quienes, por trescientos años, habían impuesto sus designios marcando de un modo manifiesto el destino del continente. Por otra parte, la derrota también tendría una resonancia particular en Europa, confrontada por sus propias cuitas entre absolutistas y liberales y que, con escaso margen de maniobra, asistiría recelosa al triunfo libertador, interpretándolo como parte de un ciclo de descolonización que, iniciado con las Trece Colonias, confirmaba un cambio trascendental en el escenario internacional.

Ha sido con motivo de los bicentenarios que acontecimientos como el de Ayacucho han vuelto a la palestra a través de conmemoraciones de todo tipo, siendo un lugar común, independientemente del país que se analice, la exaltación de los héroes propios, la celebración de los eventos más significativos y la reafirmación de las raíces patrias. No obstante, también han

surgido publicaciones orientadas a superar el relato oficial con nuevas visiones sobre la emancipación, sus hitos y protagonistas, como *Ayacucho. La batalla final por la independencia*, editada por Nelson E. Pereyra, Claudia Rosas Lauro y Juan Marchena y *Ayacucho. La última batalla de la independencia americana*, escrita por Justo Cuño Bonito. Dos libros similares en cuanto al título y su propósito de aportar una lectura distinta a la tradicional sobre la contienda y su contexto, pero también con marcadas diferencias, al ser la primera una obra coral y la segunda una monografía, una visión personal no tan centrada en el choque en sí como en la evolución y el desenlace del proceso independentista en el subcontinente y en la propia España.

Lo cierto es que Ayacucho, como objeto de análisis, abre la puerta a dimensiones que exceden la habitual visión historiográfica de clarín y panteón. Dimensiones que igual vinculan que distinguen la repercusión de la contienda como símbolo continental que su significación como fin de un tiempo; su influencia en el ámbito geopolítico que el efecto de su enunciación en el imaginario peruano; la presencia de comunidades indígenas en el territorio y la escasa visibilidad, por no decir desconsideración, dada asiduamente a su participación en las luchas de independencia. Perspectivas todas ellas que, junto a otras, acreditan la compleja trascendencia de este hito.

La calidad de Ayacucho como parteluz histórico es innegable – tal como apunta Alejandro Rabinovich en la obra de Pereyra, Rosas y Marchena – siendo destacado, de manera recurrente, como ejemplo de americanismo, de solidaridad colectiva en pro de la liberación del último territorio bajo el yugo colonial. Ayacucho no sólo simbolizaría el anhelo de independencia de los países hispanoamericanos, sino también el espíritu de unidad entre sus pueblos en su lucha contra la opresión. Sin embargo, esta imagen se ve corroída por el largo historial de desavenencias, enfrentamientos y fracturas que acabaron caracterizando el devenir inmediato a la batalla. Desencuentros minorados en las efemérides, pero que encontraron expresión, conforme se fueron consolidando las repúblicas emergentes, en sus respectivos relatos históricos.

Los nuevos enfoques aclaran la raíz de tales diferencias, desmitificando el aura romántica que a menudo acompaña al fasto en favor de una visión más realista, en la que la fraternidad continental se ve salpicada por los intereses particulares y los protagonistas de antaño adquieren una naturaleza más terrenal, cediendo espacio a voces y proyectos por lo general marginados. Tales miradas advierten también contra las lecturas maniqueas tan al uso en las historiografías nacionales, enfatizando la importancia del factor ideológico en la conformación de las facciones en detrimento del origen geográfico, así como resaltando el carácter civil de los enfrentamientos y la complejidad de una época que, en plena transición, hizo de América uno de los principales focos de atención y debate en las cancillerías europeas.

Todos estos parámetros evidencian la complejidad de Ayacucho y la trama social, política, económica, militar y diplomática desplegada en torno a la batalla y tras la misma. Pero también la necesidad de superar determinadas narrativas que, desde una perspectiva equívoca, tienden a relativizar los conflictos internos americanos sobrevenidos tras la independencia, obviando el progresivo peso de los intereses foráneos en el continente y su preeminencia por encima de todo proyecto colectivo.

En realidad, las semillas de la divergencia ya estaban sembradas desde antes de la batalla, tal y como constatan los testimonios recabados por los especialistas y la reevaluación de fuentes impulsada en las últimas décadas por las distintas ramas de la historiografía. El propio Bolívar fue testigo, víctima y artífice en sus contradicciones de las dos caras de la medalla. Testigo en cuanto a que asistió, a la distancia, a los continuos obstáculos encontrados por San Martín en Perú tras su desembarco en Pisco. Víctima, desde el momento en que tomó el relevo al libertador argentino y hubo de enfrentar, radicalizados, los mismos problemas que éste. Artífice por lograr con el triunfo laureles e inquinas perennes, haciendo de su persona y gestión una polémica atemporal atenuada en las grandes fechas, pero con solventes diferencias según el imaginario desde el que se observe.

El sueño bolivariano de una América unida estuvo lastrado, desde sus inicios, por la desconfianza. Un recelo extensible a la relación entre los propios libertadores, San Martín y Bolívar, dispares en casi todo salvo en el deseo de liberar a América del dominio español. La cuestión sería qué hacer una vez liberados del yugo, y es aquí donde no pueden eludirse las contradicciones existentes en el bando libertador. Un adjetivo, “libertador”, más preciso que el de “patriota”, ya que este último exigiría una definición de “patria” que, en ese momento, estaba pendiente de consolidarse; cuánto más de compartirse. Basta acudir a los últimos trabajos sobre la campaña peruana en sí para vislumbrar detalles que podrían vincularse, con las correspondientes salvedades, a lo apuntado por Zygmunt Bauman respecto al tránsito de la “modernidad sólida” a una “modernidad líquida” y la falta de definición de los conceptos como característica de dicha transición.

Percatémonos del contexto de incertidumbre y precariedad que rodea a Ayacucho, con cambios por determinar, los marcos de referencia tradicionales en crisis y una sociedad polarizada en la que la inestabilidad política e ideológica se trasladaba a aspectos tan relevantes como la identidad o el sentido de pertenencia. Es ahí donde el sentimiento de *americanidad* pretendido por Bolívar habría que contrastarlo con el de una *peruanidad* por construir, así como el de una *colombianidad* que, por frágil que fuese, se erigía como ente propio. Y todo ello sin incluir a las fuerzas chilenas y rioplatenses que, una vez retirado San Martín, permanecerían en Perú a la espera de acontecimientos. Cabría plantearse, por otra parte, cuál era el

sentimiento identitario de las poblaciones centro y surandinas y los motivos de su movilización. La historiografía ha reducido tradicionalmente el papel de los peruanos en su propia liberación, pero dentro de dicha minoración cabría observar la sufrida por las poblaciones de la zona, depreciadas dentro de la propia subordinación. Que la actuación de estos pueblos haya sido reivindicada en los últimos tiempos por historiadores como Gustavo Montoya, presente en el *Ayacucho* coral, no resta para que queden pendientes cuestiones vinculadas a su sentido de pertenencia, de colectivo, de identidad, así como a los posibles proyectos políticos que, de manera autónoma, hubieran podido plantear aun de manera germinal.

Esta última vía es primordial para analizar y comprender la contemporaneidad andina, la era que arranca con Ayacucho. La ruptura del relato oficial sobre la independencia, mantenido durante siglo y medio y que otorgaba a los sectores criollos el mérito y un rol preeminente en su consecución, debe completarse con un estudio detallado sobre el accionar político, el pensamiento y los propósitos de las comunidades presentes en el área donde se desarrollaron los acontecimientos, si no extenderlo a todos aquellos grupos que, marginados por la historiografía tradicional, trasladados como agentes pasivos dentro del proceso, dejaron señales y pruebas de compromiso activo en una u otra dirección.

Está comprobado que, ya en 1823, existían un gran número de guerrillas y montoneras en el teatro de operaciones. Cuerpos armados sustentados por las poblaciones allí presentes, siempre atentas a lo que acontecía en Lima y el Cusco. Ya su mera existencia denota una preocupación, una prevención, respecto a cómo podía afectarles lo que se dirimía en ambas capitales, adecuando su apoyo a su conveniencia según determinasen las circunstancias. No obstante, la presencia de distintos grupos armados no cabe contemplarla desde la uniformidad. Por el contrario, hay que romper los estereotipos que, a priori, estandarizan las reacciones de estos colectivos sin atender a sus peculiaridades internas o a su propia intrahistoria. Historiadores hay que no sólo remarcan la inexistencia de un mismo horizonte ideológico, sino que apuntan a una divergencia de intereses remontable a las reformas borbónicas, radicalizándose conforme el conflicto se instaló en el territorio y obligando a estos pueblos a un acelerado e intenso aprendizaje de razonamiento y comprensión ajustado a sus circunstancias y necesidades. Es por ello por lo que la expresión de tales diferencias no pudo por menos que definir aspiraciones distintas, alteradas o consolidadas según las vicisitudes políticas, ideológicas y militares de aquellos años. Proyectos que, adaptados a la coyuntura, no tendrían por qué coincidir en su totalidad con los de los bandos en conflicto, afectados a su vez por profundas desavenencias.

Un aspecto primordial para entender las confrontaciones internas en ambos bandos sería, como hemos mentado, el paso del Antiguo Régimen hacia los regímenes liberales. Un tránsito

difícil y tenso en la Europa de su tiempo, pero que, en el caso español, vendría aliñado con la polarización en que se sumió el país tras el retorno de Fernando VII en 1814 y la desarticulación del liberalismo gaditano. La posterior vuelta del liberalismo en 1820 coincidiría con la llegada al Perú de San Martín y la posterior de Bolívar, complicando aún más una situación compleja ya de por sí. Empero el vaivén y confrontación europeo y español entre absolutistas y liberales empuja a una lectura interconectada sobre Ayacucho y América que iría en línea con lo trabajado por Manuel Chust e Hilda Sabato sobre este periodo, tal y como secundan Claudia Rosas y Nelson Pereyra en su libro.

Como bien indica Chust, las revoluciones liberales producidas en Europa en 1820 sólo tuvieron éxito en Portugal y España, y en esta última de manera temporal. La Restauración, tras el Congreso de Viena, procuró acuerdos, argumentos y, cuando fue necesario, ejércitos, para restablecer el Antiguo Régimen tras la caída de la Francia revolucionaria, siendo la Santa Alianza el producto más definitorio de su propósito por restaurar el legitimismo tradicional y erradicar todo intento de cambio. El absolutismo, por tanto, tenía un apoyo sólido en las principales Cortes europeas, salvo en una Gran Bretaña ambivalente respecto al autoritarismo continental por mor de sus propios intereses.

El panorama europeo ratifica los presupuestos de Chust en cuanto a la importancia del escenario americano, donde, a pesar de las mil y una contrariedades implícitas a la guerra, iban surgiendo nuevos estados de naturaleza mayoritariamente liberal y republicana. En consonancia con esto, como señala Sabato, América se convirtió en un auténtico campo de pruebas político e ideológico en el que se ensayarían diversas formas republicanas de gobierno con mayor o menor participación popular, distintos grados de inclusión y éxito dispar.

Todo ello acabó confluyendo en el Perú y la campaña peruana, explicando en parte las fuertes tensiones existentes entre los distintos actores sociales, políticos y militares presentes en el terreno. Por una parte, la fidelidad de los combatientes llegados desde la periferia continental se ramificaría en varios sentidos, de tal modo que la lucha contra los realistas vendría condicionada por las ambiciones y prioridades de sus respectivos gobiernos en relación con el conflicto y su desarrollo. Por otra, la toma de decisiones vino determinada, con frecuencia, por iguales motivos. El mismo Bolívar ejemplificaría dicho comportamiento al secundar la incorporación de Guayaquil a la Gran Colombia o, posteriormente, la separación del Alto Perú del Bajo. Disposiciones ambas dirigidas a imposibilitar un Perú futuro equiparable en fuerza al antiguo virreinato, lo que sólo podía entenderse en su intención de hacer prevalecer a la Gran Colombia como potencia dominante en la región una vez expulsada España.

Tales objetivos estarían en consonancia – y explicarían, al menos, parcialmente – la difícil relación que el libertador venezolano mantuvo en todo momento con Perú y los peruanos. Es

cierto que Bolívar, al igual que San Martín, hubo de enfrentar un ambiente plagado de intrigas, ambigüedades y engaños prácticamente desde su llegada. No obstante, tampoco cabe engañarse en cuanto a que dicho ambiente respondería, a su vez, al enfrentamiento presente entre los grupos de poder limeños, con aspiraciones enfrentadas e incapaces de conciliar una posición común y libre de tutelas. Igualmente, la división de la clase política peruana también tuvo una consecuencia directa, en positivo, para Bolívar, ya que le permitió imponer su autoridad con menos resistencia de la esperada. En todo caso, como ya señalamos anteriormente, las investigaciones abonan un relato en el que la solidaridad de los estados vecinos para con el Perú, si bien no se niega, se relativiza, plasmando un mosaico de intereses que supera – o, cuando menos, matiza – la interpretación clásica de la unidad hispanoamericana y el compromiso filantrópico para con la libertad del continente.

Junto a la lectura americana cabría hacer un paralelismo respecto al impacto de Ayacucho en la España de su tiempo y su conocimiento en la sociedad actual. Un conocimiento deficiente y trasnochado, como bien indica Justo Cuño en su obra, pese a los ímprobos esfuerzos de parte de la historiografía española por quebrar la tendencia positivista y tópica que suele teñir los libros de texto en lo que a la actuación de España en América se refiere. Una tendencia que, por lo demás, incide principalmente en aquellos eventos que han servido para la construcción de la identidad española, omitiendo, minimizando o desvirtuando todos aquellos considerados innecesarios para el objetivo o que, en un momento dado, pudieran servir como refutación. Esto explicaría la expansión de clichés y estereotipos sobre la América Hispana en la sociedad española, herederos en buena parte de una transmisión parcial de la propia historia.

Ayacucho sería, a este respecto, una magnífica muestra de lo dicho. Sin necesidad de insistir en la posterior trascendencia de los *ayacuchos* en la política española, sólo puede sorprender la desinformación en torno a los mismos si obviamos, a la par, la divulgación selectiva que históricamente se ha hecho de lo que fueron las independencias americanas. Tan es así que Ayacucho, pese a simbolizar el fin de una era y el ocaso internacional de España, es prácticamente desconocido entre el gran público, fundamentalmente porque la cuestión americana se ha transmitido desde la perspectiva de la pérdida colonial, ignorando los detalles más espinosos sobre la transición política tanto en la península como en sus antiguos dominios. De resultas de ello, lo que enfrentamos es una narrativa tan reduccionista que ha condicionado y limita la oportunidad de entender la conexión histórica y cultural con la América Hispana, resaltando una glosa equívoca y contraproducente en la que la supuesta tutela histórica, consuelo doctrinal de un imperialismo de pobres, nubla, más que ilumina, una realidad indudablemente diversa, pero afín en su voluntad de serlo.